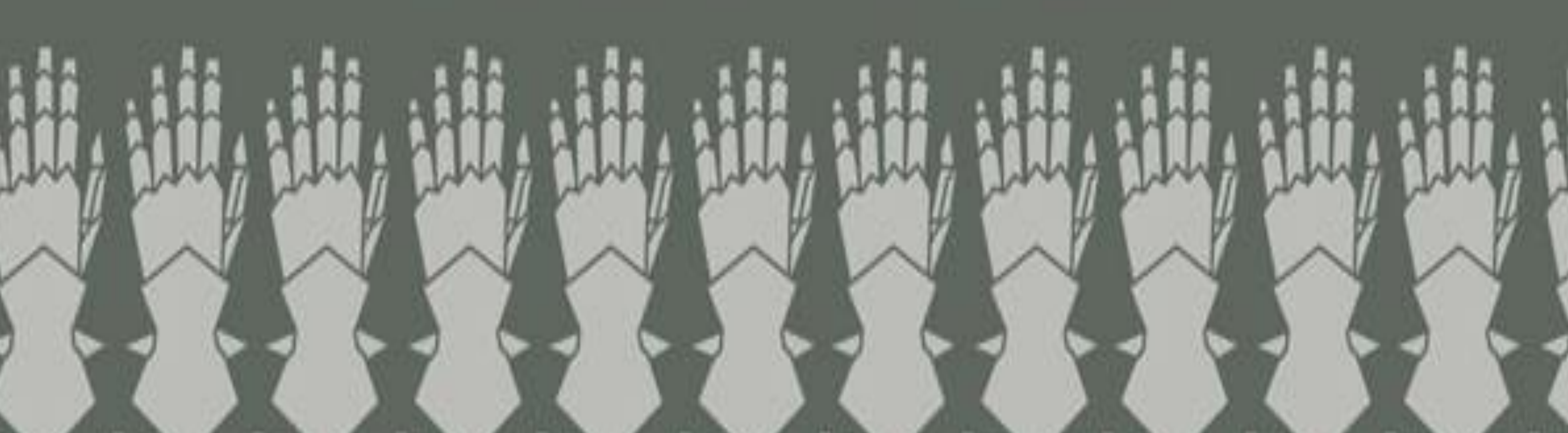
THE HORUS HERESY™

VERITAS FERRUM

DAVID ANNANDALE





LA HEREJÍA DE HORUS

VERITAS FERRUM

DAVID ANNANDALE

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

La Legión de los Manos de Hierro

DURUN ATTICUS	Capitán de la 111ª compañía de los Manos de Hierro y comandante de la *Veritus Ferrum*
ANTON GALVA	Sargento de la 111ª compañía de los Manos de Hierro

La Legión de los Salamandras

KHI'DEM	Sargento de la 139ª compañía de los Salamandras

Las explosiones se propagaron a lo largo de ambos flancos del *Veritas ferrum*. El crucero de asalto de los Manos de Hierro recibió la andanada mientras maniobraba entre sus enemigos. Con los Amos de la Noche a babor y la Legión Alfa a estribor, no había posibilidad de huida, sólo una elección de enemigo. Los escudos de vacío del *Veritas,* bajo el asedio de los dos cruceros más ligeros, refulgían con la intensidad de un nuevo sol.
El resplandor era tan intenso que por un instante el oculus no mostró nada más que un blanco enceguecedor. En pie junto a la consola de mando el capitán Darrin Atticus elevó su áspera voz biónica por encima del ruido de las alarmas y el rumor de las detonaciones secundarias.

—Informe de daños, sargento Galva.

—Los escudos de vacío se han colapsado pero la sección de babor aún resiste. El fuego se extiende por las plataformas de aterrizaje y en los barracones de popa.

—Sellen las secciones y redirijan su energía a los escudos.

Galva alzó la vista desde su puesto, por debajo de la consola de mando.

—Capitán, los supervivientes…

Atticus silenció al sargento con un gesto brusco.

—Ya están muertos de todos modos. Todos aquellos que estuvieran en esas secciones son bajas: añadanlos al recuento. Ejecutad las órdenes, maldita sea.

Maldita fuera la aritmética de la guerra. Maldito fuera Horus. Malditos fueran los cobardes renegados que habían sembrado la órbita cercana a Isstvan V con restos de naves, llamas de traición y la ruina de los sueños del Emperador.

—Y maldito sea yo también…

Galva volvió a mirar por encima de su cuadro de mandos.

—¿Capitán?

—Nada.

Pero no era así, ¿verdad? ¿Qué era lo que les había dicho a sus hombres riendo a través de su laringe biónica, riendo cuando el *Veritas* había iniciado su viaje a través de la disformidad hacia el sistema Isstvan? Había dicho que no era cierto que los legionarios no conocieran el miedo, porque él sentía uno muy profundo, y que su miedo era que para cuando llegasen a su destino el primarca Ferrun Manus ya hubiera aplastado la rebelión de Horus sin necesidad de ellos. Después de Callinedes, después de la cobarde emboscada de Fulgrim, y después de que las tormentas de la disformidad se hubieran calmado, Lord Manus se había preparado para asaltar Isstvan reuniendo las naves más veloces y menos dañadas y llenándolas con sus más experimentados veteranos. Atticus había entregado la mitad de sus efectivos a la insensatez del primarca, y ahora el *Veritas ferrum* había saltado de la disformidad a las fauces del sistema para caer en medio de una visión del infierno.
Atticus descendió del puesto de mando y se aproximó al oculus. Diseminados por la lejana órbita de la estrella central de Isstvan flotaban los restos de un cementerio de naves leales. Algunas habían sido alcanzadas mientras intentaban huir, pero muchas más habían sido arrasadas por el fuego enemigo tan pronto como habían dejado atrás el inmaterium. La segunda oleada de los Manos de Hierro había sido aniquilada.

—Todo a estribor.

Atticus recorrió con la mirada su tripulación.

—¿Ninguno vais a preguntarme si me siento aliviado porque mis temores no se hayan cumplido? —susurró.

La batalla aún no había acabado, pero la cruda realidad era que al parecer pronto lo haría. Señaló con el dedo la nave enemiga más cercana que entró en el ángulo de visión del oculum en el momento en que el *Veritas* comenzó su maniobra.
—Quiero que todo lo que tengamos golpee a esos bastardos de la Legión Alfa.

Si todavía hubiera tenido labios, los habría curvado en una sonrisa asesina.

—Así que los individuos no son importantes, ¿no, Alfarius? Entonces abatamos ese rebaño tuyo al completo.

Con la pausada majestuosidad de un glaciar el *Veritas* rodeó a su presa. La nave de la Legión Alfa burlada intentó retirarse ascendiendo por encima de la eclíptica, pero era demasiado tarde. La salva concentrada de lanzas de plasma y torpedos

sobrecargó sus escudos de vacío, que se desvanecieron como cascada fulgurante antes de que los Manos de Hierro descargaran la andanada principal en medio de ambas naves. El impacto fue devastador: la nave traidora se partió por la mitad.
Galva informó desde su puesto.

—La nave de los Amos de la Noche vuelve a abrir fuego.

—Anotado, sargento. Activad contramedidas.

Atticus miró fijamente el crucero diseccionado frente a ellos.

—Servidor, atraviesa por el medio.

La proa del *Veritas ferrum* se adentró en la bola de fuego que se disipaba donde antes estaba el núcleo del fuselaje de la nave traidora. Las dos secciones de la nave de la Legión Alfa la flanquearon como si trataran de apresarla con su abrazo en el medio del vacío. Los cascos de las naves impactaron ligeramente, pero el *Veritas* se libró de la presa.
Detrás de ellos el flanco del crucero de los Amos de la Noche había quedado expuesto. La nave estaba realizando una maniobra evasiva, pero se quedaba sin tiempo. La colisión entre las masas de ambas naves traidoras iluminó el vacío cuando sus reactores llegaron a un punto crítico.

El sonido que partió de la unidad de voz de Atticus fue un gruñido de satisfacción.

—¿Sargento Galva?

—Los escudos resisten… por ahora.

Frente a ellos el camino parecía despejado. Atticus se dirigió al oficial de comunicaciones:

—¿Algún mensaje del sitio de desembarco?

—Nada que pueda confirmar, capitán.

Hasta ese momento no habían recibido nada más que fragmentos de comunicaciones, retazos de llamadas de auxilio que aseguraban provenir de Manos de Hierro y que lamentaban la muerte del primarca, pero en ningún momento una respuesta directa a sus comunicados.

Atticus volvió a la consola de mando.

—Más mentiras entonces…

No creería que Ferrus Manus hubiera sido asesinado, no a menos que viese frente a sí el cadáver del primarca. Y tal vez ni aun así. No lo creería. Y sin embargo, en su interior sabía que no quedaba nada que pudiera salvarse del desembarco, y notó cómo su alma se inundaba de un odio que lo acompañaría ya hasta la tumba.

La alarma de proximidad comenzó a sonar en el auspex de Galva.

—Acorazados en ruta directa hacia nosotros.

Atticus ya no era capaz de resoplar. Tanto había desaparecido de su débil carne, reemplazada por la dureza del metal, que se veía imposibilitado para muchos de los gestos humanos. Así, no resopló, sino que apretó los puños, doblando los bordes de la consola de mando.

—Debemos retirarnos —sonó como si sus palabras hubieran atravesado unos dientes apretados—. Si no lo hacemos y no ha quedado nada tras la masacre de las fuerzas leales desplegadas en la superficie, entonces… entonces, ¿qué quedará de nuestra legión?

El oficial de comunicaciones se dirigió hacia la consola de mando.

—Recibiendo señal. Thunderhaws. Dos. Alejándose de la órbita del planeta. Solicitan auxilio.

La aritmética de la guerra se cernió una vez más sobre Atticus.

—Retransmisión por el altavoz principal.

—Aquí el sargento Khi'dem —sonó en medio de la estática—. Salamandras, 139.ª compañía. Nuestra portanaves ha sido destruida. Necesitamos recuperación.

Atticus miró la imagen hololítica del mapa estratégico frente a sí. Quedaban tan pocas naves aliadas… La *Veritas* era la única lo bastante cercana, y apenas contaba con una libertad ilusoria para actuar. Y la aritmética era despiadada.
—Lo lamento, sargento, no podemos ayudarlos. Éste es el crucero de asalto de la X Legión *Veritas ferr…*
—Tenemos algunos de sus hermanos a bordo, así como algunos de la Guardia del Cuervo. Hemos perdido a muchos en su rescate, ¿ese esfuerzo no ha valido de nada?

—¿Tienen a bordo a nuestro primarca?

Se hizo el silencio durante un largo segundo.

—No.

Otro segundo.

—Entonces me temo que…

—¡Tres legiones han caído por el Emperador y se enfrentan a la aniquilación total! ¿Van a abandonarnos? ¿Van a olvidar nuestro sacrificio? ¿Van a conceder a los traidores una victoria absoluta? ¿No va a quedar testigo de lo que ha ocurrido hoy en Isstvan V?

Atticus maldijo para sí. Maldijo a Khi'dem. Maldijo a la toda la galaxia.

—Servidor… establece una trayectoria de intersección. Recobremos esas naves.

Inmediatamente odió la parte de su alma que se regocijó con aquella decisión: deseo poder sustituirla también por una pieza biónica.

En el momento en que el *Veritas ferrum* se acercó a las Thunderhawks, a ambos flancos las vastas naves de los Hijos de Horus y los Hijos del Emperador comenzaron las maniobras de aproximación, cerrando su presa sobre la nave de los Manos de Hierro. El *Veritas* recuperó las cañoneras en el momento en que los traidores abrieron fuego. Las compuertas de la plataforma de aterrizaje se estaban cerrando cuando los torpedos impactaron en el acceso al muelle, y el daño que era ya terrible se convirtió en catastrófico.
Las explosiones se sucedían, un trueno tras otro. Atticus notó las heridas de su nave a través de la interfaz del puente de mando como una hoja acuchillándolo en las costillas. Las alarmas de brechas en el fuselaje del *Veritas* gritaban el dolor.
A pesar de ello, los Manos de Hierro aún contaban con un vector de huida. Atticus golpeó la estructura forjada de la consola de mando.

—¡Adelante!

El *Veritas* corrió. La fisura en su flanco era enorme y sangraba oxígeno y llamas y pequeñas figuras revestidas de servoarmaduras en el vacío. La nave se convulsionó con la detonación de otro torpedo. Galva se inclinaba con furia sobre su puesto, como si las propias pantallas fueran sus enemigos.

—¡El fuego se extiende, capitán! ¡Más de cien legionarios perdidos en el vacío!

—Varias veces más de los que podrían transportar dos Thunderhawks. Estoy seguro de que ha valido la pena…

Entonces lo sintió: el desprendimiento definitivo de su misericordia, su última debilidad eliminada sólo una batalla demasiado tarde. Y en ese momento, sin que le quedara nada más que una senda desesperada, una calma tan fría como una tumba descendió sobre él.

—Ejecuten el salto.

Galva se quedó mirándolo fijamente.

—¡Capitán, la integridad del casco está comprometida!

—Ejecuten el salto. Ahora.

La ignición de los motores de disformidad del *Veritas ferrum* propulsó a la nave sangrante a través del desgarro aullante de la realidad, y la mirada de Atticus se perdió en un futuro tan carente de compasión y tan incierto como él mismo.

FIN DEL RELATO